

De GOMEZ DE LA SERNA

El pozo de don Daniel

Pocos pozos había en el pueblo. Se llevaba la cuenta de todos ellos por si había que recurrir al más próximo en caso de sed irremediable, de sed de agonía. Para otros menesteres estaba la cisterna fuera del pueblo, y para el trasiego de su agua había numerosos borricos con sus alforzas llenas de cántaros.

Tres pozos en total podían contarse, fuera del pozo cegado de don Antolín, pozo cegado que era como una tuerca de la casa, como si el propio don Antolín fuese mógón.

Los tres pozos eran de don Bornabé, de don Robustiano y de don Daniel.

Haba costado gran trabajo el hacerlos. Perforadores incansables que parecían haberse ahogado cuando estaban a la mitad de su trabajo, habían tenido una lucha incesante dentro del hondo brocal.

—Estrecho, estrecho — decían los propietarios, temiendo que les saliese muy caro un pozo ancho, y para disuadirse, añadían: el caso es que se encuentre, al fin, el agua.

Sólo el pozo de don Daniel era anterior a toda referencia y con un pozo antiguo, ancho, con aguas muy profundas, pero en las que se notaba desde lo alto un oscuro oleaje.

Los antiguos peregrinos ya lo conocían, y en aquella región llena de sed lo tenían apantado en sus garrapateos mapas para peregrinos. En sus cachas como en cucharones sin mango habían probado la apatencia de aquella agua espesa, con sentido de mar, pues hasta alta y baja marea había en el fondo de aquel pozo que parecía mirar a los que se asomaban a él con un ojo telescópico que les retrataba en miniatura en el fondo del cristal.

El pozo de don Daniel tenía una ventana a otro cielo en su fondo, y como en una aspiración que naciera del infierno, mil manos ansiosas, escarabajos, arañadoras, querían libertar a las almas caídas, trepando por enladrillado desigual que lo revestía.

Tenía fama el agua del pozo de don Daniel. De lejos venían para que les diese un chupito y según antiguo legado de los padres de don Daniel para todo bautizo podían pedir un cántaro de la dimensión que se quisiera.

—Don Daniel, tenemos un forastero que viene de la corte, ¿nos podría dar jar sacar un cántaro de agua? — le iban en comisión a pedir y don Daniel generalmente accedía.

El pozo con su aplicación de hierro gótico que le hacía pozo de catedral se quejaba visiblemente con chirridos agudísimos de carreta medioeval cuando se movía su polea para sacar la emisión de un cubo.

Los girasoles crecían en las piedras entreabiertas de su pilón con flores arripadas que se aprovechaban del frescor de aquel nidál.

A la vejez del pozo le daban los soles imperio de los girasoles algo así como su visualidad actual.

Dan Daniel sentía la solemnidad de claustro que salía de aquel pozo gótico cuya agua surgía con una sacramentación de siglos al patio en que ardía la eterna cal del sol.

Era su riqueza aquel pozo y se reclinaba sobre su apoyatura meditando largas horas como en la proximidad de toda verdad, como junto al espeso y aerisolado sedimento clarividente de la conciencia del mundo.

Cerrado el pozo junto a él como el pedestal de sus pensamientos y algo así como la maceta fertilísima y consoladora del cielo.

En el caluroso estío salía de la casa de don Daniel algo así como un riego para todo el pueblo y un soplo fresco que buscaba el camino de los aleros de sombra como refiere su propio regato.

En su patio y por entre las junturas de las piedras crecían las plantas omisoras, es decir aquellas cuya semilla legó volando, volando en busca de un regazo comunicativo con el agua.

Don Daniel era el señor más comprensivo del pueblo y algo así como su senador por un derecho que le daba aquella hermosa transigencia que era su característica. Su escaño, su tribuna, el asiento del senador del pueblo, ni que decir tiene que era la peana del pozo.

Insistía en sus pensamientos, el pozo como una fuente de sabiduría, y cuando tenía que resolver algo grande y trascendental, recurría a él, lo abría como un libro y sacaba un cubo de agua que se contentaba con ver babear y chibatear fuera del cubo, como agua inquieta que sintiese el deslumbramiento de la luz y el temblor del mundo.

Al mirarse en las aguas de su cubo encontraba el fondo de espejo más verdadero que se conoce, y veía su cabeza como degollada para la verdad, como si aunque se reflejase en lo alto fuese en lo profundo donde se reflejaba. Qué despejada le quedaba la imaginación y

la fisomía, después de aquel contemplarse en el espejo del cubo.

—Y si limpiase usted el pozo, don Daniel, el agua sería aun más exquisita — le solían decir, pero don Daniel no había consentido nunca que le limpiasen el pozo.

Todo lo que hubiese en el fondo serviría para mejor filtrar las aguas siempre renacientes. Aquel légame de siglos debía ser el mejor diagnóstico de las aguas claras.

Pero, tanto insistieron, que hizo bajar a un hombre para limpiar el pozo. La escena fué turbadora, pues el pobre pocero se perdió como una víctima en el fondo del pozo, imitando a un buzo, aunque sin escafandra, su cabeza de rana artificial.

Juan el pocero era el hombre dedicado en el pueblo a la limpia de pozos blancos y pozos negros. Era como el hombre que menos escrúpulos tenía, y no se sabía por qué evocaba la idea del verdugo. Sabía salir de los pozos sin escarmentar, negro, pintado de una especie de espesa brea, desvanecido por los olores y emanaciones de allí abajo.

¡Cuántas veces le había dicho a don Daniel: «Déjeme que le limpie el pozo, que un día se lo va a cegar el légame!».

Hasta que, al fin, ya había bajado por la escala de cuerda, como Romeo del abismo.

Comenzaron a subir cubos de un líquido denso, como de calamina en fusión, con tonos plomizos en medio de su licuosidad. Dos hombres tiraban de aquellos cubos, pesados y repugnantes.

De pronto, entre los dos hombres no pudieron elevar el cubo. Aquello pesaba desusadamente. Como estaba roto el espejo sereno del pozo, no se veía nada en su fondo. Todas eran sombras que empezaban a salir abrazadas unas a otras, estrangulándose en su empeño por salir.

Se llamó más gente. Todos tiraban de la cuerda, como si fueran a sacar en ristra a todos los naufragos de una hecatombe.

La polea se quejaba más desgarradoramente que nunca, como niño que se agarra a las paredes y grita con chillidos de gato. Lanzaba chirridos aguzados por los entredientes.

—Llamen a los dos mocetones del vecino — dijo don Daniel. — El patio tenía un silencio angustioso. Se estaba en vísperas de ver aparecer al monstruo primitivo. Sonaron los aldabonazos de la casa vecina como devueltos al patio del mandato.

Prontos estaban junto al pozo los dos mozamones de don Proculo, dis-

Embajadoras

Bajo los auspicios del ministerio de Comercio francés se va a abrir en el Grand Central Palace, de Nueva York, una exposición francesa de artes e industrias.

Diez casas de modas de las primaras de París, enviarán cada una a esta exposición un maniquí y una vendadora que presentarán veinte toilettes.

El valor total de las doscientas toiletas es estimado en dos millones de francos.

Los maniqués desfilarán dos veces por día ante el «todo» Nueva York elegante...

Seguramente, esas graciosas embajadoras tendrán más éxito que los plenipotenciarios de barba gris y... contribuirán con más ventaja que ellos al alza del franco.

puestos, como siempre, a realizar la felenia putanesca.

Ellas habían sido los que en una ocasión pasearon dos kilómetros el pesado rollo de piedra con que se apisonan las carreteras y que parece como un secante para borrar todas las huellas y rajes de la carretera.

Hicieron el ademán torero de «déjanos solos», y ensalivándose las manos, se agarraron a la maroma en que se notaba el brillo de la cuerda muy usada por el esfuerzo de los campaneros del agua.

Los dos hermanos, reunidos en un impulso de hermanos gemelos, dieron un tirón formidable con el que parecieron desgarrar los redaños del pozo, pero lo que fuere no se movió. Volvieron a la carga con más denuedo, hinchadas sus venas, rígidas todas las cuerdas de su cuerpo. Nada.

Entonces llamaron a los demás, y entre todos, incluso don Daniel comenzaron a tirar de la maroma. Al poco rato, lo que fuere comenzó a subir.

El ansia de que saliese pronto al sol, la solución de aquella pesadez inaudita aumentó el esfuerzo de los arreadores.

¡Ya! ¡Ya iba a aparecer!

Todos se echaron hacia detrás con miedo.

Y aparecieron los cadáveres enlameados de cuatro soldados de Napoleón, que habían echado al pozo, cuando la guerra de la independencia y que estaban sentados en cuclillas alrededor del cubo de hierro, con los fusiles engarfiados entre los brazos y las piernas, en postura rígida de quienes vivaquean en el fondo de una portería o hacen guardia en un foso estrecho, alrededor de un minúsculo brasero.

Gomez de la Serna



¿qué es?

INGLES

en la novela contemporánea) el medio ambiente, la raza el carácter

scillo y sano en sus manifestaciones, maestro lleno de saber práctico y de encanto para el que crezca en su ambiente, másfera amable?

El respeto de sí mismo y de los demás es la palabra de orden en el templo. No se puede vivir en él, sin ajustarse a esos principios. Los hijos respetan y reverencian a sus padres; cada cual conserva su lugar, instituido por el imperio del deber.

El hogar inglés es un microcosmos no necesita sino de sí mismo para desenvolverse: la idea del deber constituye un sol, y el espíritu de juiciosa reserva y el imperio sobre sí mismo, son sus satélites.

¡Qué felices los niños desarrollados en ese medio sonriente, y disciplinado y donde son siempre huéspedes gratos la confianza mutua y la lealtad!

Al pasar revista retrospectiva a nuestra vida, vemos cuánta cosa hemos cesado de amar en el camino. Lo que ayer nos arrancó lágrimas y tiranizaba nuestra ternura, hoy nos hace sonreír, y quizás ni aun estremezca una fibra de nuestro corazón. Conforta y es prenda de nuestra individualidad permanente en un mundo de apariencias que cambian sin cesar, encontrar que mantenemos en lo más recóndito de nuestros recuerdos amados una predilección, una pasión a la cual podríamos todavía ceder. Me regocijo de haber amado siempre a Inglaterra su vida de familia. Quiero mucho a mi infancia, poesía de la existencia: el pasado sereno y gozoso. Acaso esta anglosomanía vaya envuelto su recuerdo. Si no fuera por él no detendría quizás a tratar este tema, entretejido de esas reminiscencias una familia feliz en un hogar entador.

Al si pudiera mi pluma emular al maestro: la del Taine de las 'Lecturas sur l'Angleterre' o del Anatole France de 'La Vie en Fleur' o del 'Nozière'...

de la noche tendía sus cuerdas de plata, descendía a su ocaso, las estrellas se desvanecían. al través del pinar venían como traídos en alas oscuros rayos de una aurora más.

Alberto Nin Frias.

Fragmento de un libro que aparecerá...

Propósito de las medias

primavera volverán las medias colores claros y suaves a adornar bellas piernas de las damas.

saber cuáles serán los tohábéis de elegir entre esos dos «fils» de Perse de 44 ma-

bellas lectoras en estas tonaninas entre el rosa y el ocre proporcionan encantos para satisfacer todas nuestras pañilleí indien, peche, coquilla, champagne, albinos, gaze-rucule, santal.

os habéis enterado de coio-tela? La moda os los irá rque si no fuera por este verbal cómo encontrarías una que supiera glorificar de una pantorrilla?



El — Si quieres dormir, quitate Ella — Si me lo quitó medesv

EL OCASO DE

París, Junio 1924.

Quando Alphonse Daudet publicó 'Les Rois en Exil', la fisonomía moral de Europa estaba lejos de ser la de hoy. Acababa de estallar la revolución en Lisboa, habían rodado algunas coronas balcánicas, pero la monarquía continuaba siendo la forma predominante, y las tres únicas repúblicas — Francia, Suiza, Portugal — rodeadas por Estados autoritarios y formulistas, parecían plantas excepcionales y exóticas. Lo que sorprendía por entonces, era ver a algunos reyes desposeídos, que languidecían en los balnearios, o en las ciudades de invierno, esperando el reflujó que debía devolverles la situación anterior.

Después se ha encargado la guerra de generalizar los desmoronamientos. Cuando hoy nos hablan de ilustres destronados, sonreímos, sin hostilidad sin emoción, sin asombro, ante una aventura trivial. Sólo perdura algún interés alrededor de los que acaban de una manera trágica, como los Romanoff. Los demás entran en una categoría catalogada. Y si hay algo que en el momento actual resalta en Europa, si hay algo que parece anormal, no son ya las repúblicas o antes, sino las monarquías que subsisten, dejándose absorber u por la marea democrática, o apoyándose otras en el milagro pasajero una reacción dictatorial.

Pero, no por ser numerosas de hacerse notar las siluetas de expatriados melancólicos y ceremoniosos, que después de haber visto fragar sus prerrogativas, van perdiendo gradualmente su prestigio mceñidos por necesidades económicas obligados a moverse en el planomún.

—Ya los conocemos — decía un quero parisiense — empiezan hablando de la restauración inminente acaban ofreciendo las joyas de la corona en garantía del préstamo que podemos conceder...

Porque no es sólo en las regdas comedias del bulevar donde contramos al exmonarca luchando graves dificultades para pagar cuenta del hotel en el balneario. La realidad es a veces cruel todavía. Dispersados los fieles, roto el cuadro porposos se movían las figuras, hasta una voz airada o familiar. La dota del chófer que se niega a decir el automóvil hasta que paguen los salarios atrasados. torio del «maitre d'hôtels» a la mesa las fuentes vacías yenda del usurero que hace pública su...



—Maestro: ¿Usted no tendrá miedo a las epidemias? —No, señor, no...

CISTEROS